

# Cuando el río dejó de sonar

Esta es la historia de un pequeño río. No de un gran río de aguas caudalosas como el Amazonas, o de un río de largo recorrido como el Nilo. Tampoco es la historia de un río sagrado como el Ganges o de un río misterioso como el Orinoco.

No; esta es la historia de un río normal y corriente que tenía su nacimiento en las altas cumbres de una montaña. Allí, brotando de entre unas rocas, comenzaba su andadura el protagonista de nuestra historia.

Al principio, el cauce de este, todavía arroyo de montaña, era rápido, muy rápido. Sus aguas limpias y cristalinas se mezclaban con retazos de nieve en invierno, y comenzaban a descender entre pedreras y bellos prados alpinos.

A medida que iba descendiendo hacia el valle, nuestro río iba calmando la corriente, formando pequeñas charcas en las que infinidad de plantas, insectos y pequeños animales encontraban un agradable lugar en el que vivir.

Tras varios cientos de kilómetros, en los que atravesaba pequeños pueblos y algunas ciudades, el río desembocaba en otro mucho más grande y caudaloso. En este punto las aguas de ambos ríos se mezclaban enriqueciéndose mutuamente y formando un cauce mucho mayor que al final, llegaba al mar.

Y este río se sentía feliz. Estaba contento de albergar en su interior, durante su largo recorrido, a numerosas plantas acuáticas, y muchos, muchísimos peces, y diminutos insectos que nadaban sin cesar en sus aguas.

Y al río también le gustaba comprobar cómo a lo largo de su recorrido acudían a sus orillas ciervos y zorros y comadreja y corzos y jabalíes, y otros muchos animales que calmaban su sed con sus transparentes aguas.

Le encantaba además ver cómo cuando atravesaba algunos pueblos también resultaba útil a los hombres y a las mujeres que vivían en ellos. Se sentía muy orgulloso de mover con sus aguas molinos, batanes y otros ingenios que el hombre había inventado y que utilizaban la fuerza de su corriente para moler trigo, batir la lana o dobligar al duro hierro. Y se sentía muy orgulloso, además, de ayudar a esos hombres y mujeres, regando con sus aguas limpias los campos y las huertas en los que se producía trigo, y tomates, y cebada, y sandías. . . , y con los que muchas personas se alimentaban.

A nuestro río también le divertía ver cómo en verano, los niños y niñas de los pueblos y ciudades que atravesaba se sumergían en él para darse refrescantes baños con los que calmar el terrible calor de las tierras por las que discurría; se sonreía al escuchar las risas de estos jóvenes bañistas, y al comprobar cómo los saltos y los chapuzones de estos pequeños en sus aguas les hacía la vida más agradable.

Pero sin duda alguna, lo que más le gustaba a nuestro río era disfrutar de las cálidas noches de verano, cuando la pálida luz de la luna se reflejaba en sus tranquilas aguas, mientras observaba cómo las nutrias nadaban en su interior tranquilas, silenciosas, elegantes, en busca de algún pez con el que calmar su hambre.

La verdad es que durante muchos años, el río se sintió feliz, y en paz con los animales y con las plantas que vivían en él o junto a él. Y hasta tenía una buena relación con los seres humanos, ya que todos ellos mantenían con el río una buena relación de respeto y una correcta convivencia.

Bueno, es cierto que de vez en cuando, aparecía algún ser humano un poco “cochino” que rompía ese entendimiento. Alguna que otra vez, algún ser humano

arrojaba a las aguas del río algún resto de comida, o algún papel; de vez en cuando también, los hombres y las mujeres lavaban la ropa en sus aguas dejando en ellas pequeñas pompas de jabón, o realizaban algún vertido de materias extrañas en su cauce. Pero el problema no pasaba de ahí, ya que nuestro amigo el río todavía era capaz de “digerir” aquellos elementos, y con la fuerza de sus aguas acababa por hacer desaparecer esos molestos, pero no demasiado peligrosos todavía, elementos. No le hacía ninguna gracia que los hombres le ensuciaran, porque él era un río limpio y se sentía orgulloso de sus transparentes aguas, pero bueno, qué se le iba a hacer... el problema, de momento, era solucionable.

Pero esta situación de entendimiento entre el río y los hombres empezó a cambiar lenta pero inevitablemente. A medida que fueron pasando los años y conforme el Hombre empezó a desarrollar una sociedad y unos modos de vida más industrializados, los usos que éste hacía del río se fueron transformando.

Lo viejos molinos, batanes y tenerías se transformaron en gigantescas fábricas que vertían grandes cantidades de sustancias tóxicas en sus aguas. Los pequeños pueblos y las ciudades crecieron, y también de ellos comenzaron a surgir cada vez mayores cantidades de aguas sucias, llenas de restos malolientes que volvían las aguas, antaño claras, del río en pestilentes charcas de color verde o marrón, de las que poco a poco iba desapareciendo cualquier resto de vida.

Una gran cantidad de sustancias nuevas comenzaron a llenar las aguas del río. Éstas, además de afear el aspecto del agua, ya no podían ser eliminadas tan fácilmente por nuestro amigo. Si antes él era capaz de acabar deshaciendo un papel a base de golpearle con su corriente contra las piedras hasta convertirle en minúsculos trocitos que acababan por ser absorbidos por sus aguas, ahora no lo conseguía por más que se empeñaba. Aquellas extraños materiales duros, como los

plásticos o el papel de aluminio eran capaces de aguantar meses y meses ancladas en algún recodo del río sin inmutarse lo más mínimo.

Y aquellas botellas de cristal, jamás desaparecían; como mucho se partían en trozos pequeños que se volvían aún más peligrosos.

Y los vertidos resultaban todavía peor, ya que ni siquiera la ayuda de su gran amigo el oxígeno era capaz de disolverlas.

A medida que pasaba el tiempo el panorama se volvió cada vez más negro. Parecía como si los hombres se hubieran vuelto locos. En lugar de conservar el río que atravesaba sus tierras, que regaban sus campos, y que les calmaba la sed, se dedicaban a ensuciarlo y a maltratarlo cada día más.

Poco a poco, las aguas claras e incoloras aguas de nuestro amigo se volvieron sucias y malolientes. Desaparecieron muchas plantas; muchos de los insectos y peces que antes vivían dentro de él también dejaron de verse.

Y también desaparecieron los bañistas, y las lavanderas y los pescadores. Al final, lo que antes era un bello camino de aguas limpias acabó convirtiéndose en una cloaca, en un lugar que sólo transportaba, en un lento y desesperante caminar, basura, desperdicios y mal olor.

El río se desesperó. Nuestro amigo lloró amargamente durante días y días. Él, que se sentía tan orgulloso de ser el hogar de tantas plantas y de tantos animales y que estaba tan contento de ser de utilidad a los hombres, se sentía ahora sucio, humillado y tremendamente triste.

Y lo peor no era eso. Lo peor era que a sus compañeros también les pasaba lo mismo. El río grande en el que él vertía sus aguas también se había convertido en una alcantarilla, todavía más grande. Y los otros afluentes apenas eran capaces de mantenerse vivos de la cantidad de inmundicias que arrastraban sus aguas.

**En aquellos momentos nuestro amigo el río se sentía morir.**

**Pero una noche, en la que sus turbias aguas ya no eran capaces ni siquiera de reflejar el brillo de la luna, y en la que ya no quedaba ni una nutria que poder observar, el río tomó una decisión importante; tal vez, la más importante de su vida: dejaría de tener agua.**

**Si su destino era transportar los desechos que los hombres arrojaban a él, y si sólo servía ya para acarrear basura a otros ríos, no merecía la pena seguir soltando agua desde lo alto de la montaña. Así que, dicho y hecho; a la mañana siguiente el río dejó de brotar y su cauce, poco a poco se fue secando.**

**A medida que el agua iba desapareciendo, el lecho de aquel río se fue convirtiendo en un lugar espantoso lleno de restos de basura, de plásticos medio podridos, de botellas mohosas, de residuos apestosos y de piedras teñidas de colores que sólo evocaban desolación y tristeza.**

**Los pocos hombres y mujeres que todavía se acercaban a sus orillas se quedaron asombrados. El río que habían visto tantas veces ya no estaba: ¿qué había ocurrido?**

**Aunque era cierto que últimamente ya no resultaba agradable pasear junto a él, porque olía muy mal, y aunque ya no era posible disfrutar del canto de los pájaros o de darse un bañito en el sofocante verano, estaban acostumbrados a verle allí, junto a sus pueblos o ciudades. Y el paisaje sin el río ya no era lo mismo.**

**La voz se empezó a correr rápidamente. Acudieron a sus orillas cientos de personas que miraban asombradas cómo el viejo río había desaparecido.**

**Y la noticia también empezó a difundirse entre los otros ríos. Al conocer la decisión de su compañero, otros muchos arroyos, torrentes y cascadas decidieron imitarle y también dejaron de manar.**

Poco a poco, la situación se volvió caótica en todo el Planeta. Cada día desaparecían más y más cursos de agua dulce. Y la vida empezó a peligrar a pasos agigantados.

A las personas les costaba cada vez más encontrar agua potable para beber y con la que poder lavarse y cocinar. Las plantas se secaban y los animales que antes habitaban en estos lugares tuvieron que desplazarse en busca de sitios en los que todavía existieran ríos que tuvieran agua. Las industrias dejaron de funcionar, y los campos dejaron de producir porque ya no había agua con que regarlos.

A medida que la situación se volvía más sombría, los dirigentes de los países empezaron a darse cuenta de lo mal que habían actuado con los ríos y comenzaron a reunirse para buscar alguna solución.

Tras unos años sin agua, prácticamente toda la Humanidad era ya consciente de la mala actuación que habían desarrollado con el agua, y estaba convencida de la importancia de ésta para la Vida en el Planeta.

Se formó una comisión de expertos encargada de solucionar el problema; tras largas reuniones y acaloradas discusiones, este grupo de sabios decidió que tenían que hablar con el responsable de esta situación e intentar convencerle de que los ríos deberían volver a correr de nuevo.

Comenzaron a hablar con los arroyos de montaña, y siguieron investigando en un duro trabajo, con ríos y con cataratas y con lagos y lagunas. Hasta fueron a ver a algunas corrientes subterráneas. Pero todos, absolutamente todos, les dijeron lo mismo: que para solucionar el problema tenían que hablar con su compañero, el río que había sido el primero en dejar de correr.

Todos coincidieron en afirmar que hasta que su compañero no volviera a dejar correr sus aguas, ellos tampoco lo harían, ya que él había sido el primero en rebelarse y todos seguían sus instrucciones.

Al final, tras largos viajes e incansables conversaciones, la comisión de expertos logró llegar a la cumbre de la montaña donde antiguamente nacía nuestro amigo el río, y se reunieron con él. Le suplicaron que volviera a dejar correr sus aguas como había venido haciendo durante siglos, y le rogaron que por favor convenciera a los otros ríos que hicieran también lo mismo. Intentaron hacerle ver la necesidad que los hombres tenían de sus aguas, ya que sin ellas la vida no era posible.

Le mostraron horribles fotografías de niños sedientos, de campos desérticos y de animales moribundos por faltas de agua. Le enseñaron también imágenes de millones de personas deambulando con la mirada perdida en busca de un poco de agua que llevarse a sus resecos labios. Le suplicaron una y otra vez, hasta que ya no les quedó fuerzas para seguir implorando.

Y entonces, el río les contestó.

Les habló de la codicia de los hombres, capaz de aniquilar animales y plantas y ríos y bosques, y de exterminar la Naturaleza movidos por su avaricia.

Les habló de la capacidad destructiva de la especie humana, capaz de convertir los ríos en vertederos, y de terminar con los recursos que antes parecían interminables. Le habló también de la destrucción de los mares y de la aniquilación de los animales y plantas que habitaban en ellos.

Le hizo ver la ruindad del Hombre, capaz de preferir el petróleo al agua fresca.

Les mostró, en definitiva, la terrible historia del ser humano, capaz de terminar con todos los habitantes que compartían con él este Planeta, sólo por algo tan ridículo como el dinero o el poder.

**Aquellos sabios se miraron avergonzados.**

**Era cierto; un humilde río de montaña había sido capaz de detener la conducta terrible de los hombres y les había sacado los colores mostrándoles su mezquindad.**

**En ese momento, aquel grupo de sabios comprendieron que la conducta de los Hombres les estaba llevando a su propia destrucción.**

**Y lloraron. En silencio, lloraron y se arrepintieron en nombre de todos los hombres y mujeres de la Tierra.**

**- ¡¡ Ahora bien !! dijo el río, no penséis que yo quiero acabar con la Humanidad.**

**Si sois capaces de arreglar el problema y limpiáis todos los ríos del planeta, y os comprometéis a que a partir de ahora no volveréis a usarnos como cloacas, y nos mantenéis limpios, entonces mis aguas volverán a correr.**

**Y así fue. Los sabios bajaron de la montaña y comenzaron a contar el compromiso adquirido con aquel río. Los humanos se dieron cuenta de su mala conducta, y fueron capaces de empezar a corregir sus errores.**

**Millones de personas se afanaron a partir de aquel momento en limpiar los cauces secos y en sacar de ellos toneladas y toneladas de basura.**

**Y las cosas empezaron a cambiar. Las miles de agresiones que a diario se cometían contra la Naturaleza empezaron a disminuir y poco a poco, los problemas ambientales comenzaron a descender. A partir de aquel momento, todos y cada uno de los hombres y mujeres del planeta se convirtió en un firme defensor del planeta: del lugar en el que tenían que vivir a la fuerza.**

**Hasta que un buen día el río comenzó de nuevo a correr. Otra vez las aguas veloces, limpias y transparentes empezaron a llenar su cauce, ahora libre de desperdicios y de sustancias tóxicas.**

**A medida que el río iba volvía a soltar agua limpia, la gente se acercaba a las orillas y bailaba y reía y gritaba y daba saltos de alegría al comprobar que de nuevo, el río, su río, volvía a traerles la vida.**

**Poco a poco todos los ríos de la tierra comenzaron a correr de nuevo. Y sus aguas volvieron a llenarse con jugosas plantas, y con pequeños insectos. Y en ellas volvieron a nadar los peces, y los patos, y las garzas. Y sus orillas volvieron a ver a los corzos y a los zorros y los jabalíes y a los ciervos... que se acercaban a ellas para volver a beber agua fresca y limpia.**

**Todo volvió a la normalidad.**

**A partir de aquel día, los hombres, por fin, se dieron cuenta de lo importante que era disponer de agua con la que calmar su sed, regar sus campos y dar de beber a sus animales.**

**Y a partir de aquel día, todos los hombres y mujeres de este Planeta se dedicaron a cuidar de ellos y a evitar que cayera en los mismos el más mínimo vertido.**

**Hoy, cuando la luz de la luna vuelve a reflejarse en las tranquilas y limpias aguas de nuestro amigo el río, éste se vuelve a sentir feliz al contemplar cómo, de nuevo, las nutrias juegan en ellas mientras persiguen a un asustado cangrejo o a una escurridiza trucha.**

**Y suspira. Esperando que nunca, nunca más, la mala cabeza de los hombres y mujeres le hagan volver a tomar una decisión tan terrible como una vez tuvo que tomar. Porque no quiere que sus aguas tengan que volver a dejar de correr.□**

